

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 170

25 cts

20 MAYO
1928



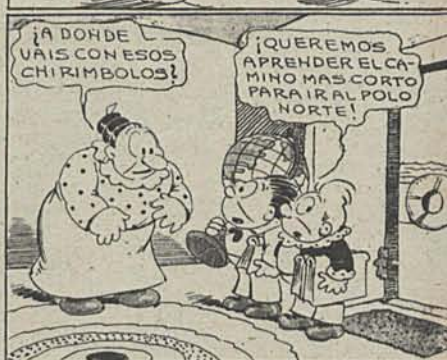
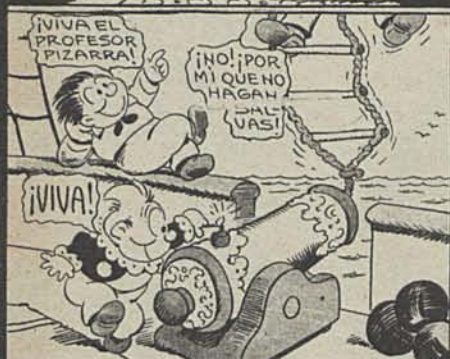
-¿QUIÉN TE HA HECHO ESE CHICHÓN, MORRONGUIS?
-¡MI AMA QUE ME HA TIRADO UNAS SARDINAS A LA CABEZA!
-¿COMO ES POSIBLE QUE CON UNAS SARDINAS.....?
-¡ES QUE SE LA OLVIDÓ QUITARLAS LA LATA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO. 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Conclusión)

—¡Ay de mí ¿Quién quieres que acuda a socorrernos?
—Alguien, algún indígena...
—No, no, es inútil esperar...
—Pueden venir en busca nuestra...
—¿Quién?
—El propio Barenval o sus secuaces.
—¡Ay, Dios mío!
—Y compadecerse de nuestra triste situación.
—No te hagas ilusiones.
—Sin embargo...
—Madre mía—dijo de pronto Maud, exaltándose—. Tengo malos presentimientos. ¡Quizá una muerte horrible nos espera en esta triste soledad.
—No lo digas...
—Lo que más me angustia es pensar que te he llevado a compartir mi suerte.
—¡Cállate, cállate!
—Yo la sufriría con resignación; me sometería a todas las pruebas que quisiera imponerme la voluntad divina; lo olvidaría todo, todo, para tener fuerzas para perdonar al causante de tantas desventuras, con tal que tú, madre mía, te salvaras.
—¡Maud!—gritó la señora Touchet—. El dolor te vuelve mala, ¿no ves que tus palabras me matan? ¿Qué haría en el mundo sin ti?
—¿Y mi padre?... ¿Y mi novio? ¿Quién les consolaría?
—Son hombres y encontrarán en ellos mismos la fuerza precisa para resistir; mientras que yo soy tu madre; he podido vivir en medio de la desesperación, porque me sostenía tu recuerdo, y no sufriría que nadie me separase de ti, ahora que por fin te tengo a mi lado y puedo estrecharte sobre mi corazón. Escúchame, Maud: si es nuestro destino que tengamos que morir aquí, ¡hágase la voluntad del Señor! Nuestra muerte, por espantosa que sea, nos será menos dolorosa viéndonos unidas...
La joven sólo contestó con violentos sollozos y se abrazó desesperadamente a la señora Touchet, que alzando los ojos al cielo, puso en ellos todas las súplicas que puede elevar a Dios una madre por el fruto de sus entrañas.

Maud Campbell y su madre estaban ya hacia rato en aquella desolada situación, cuando vieron correr hacia ellas un grupo de hombres a caballo, que al verlas redoblaron la velocidad.
Maud, asustada, saltó en pie, gritando:
—Ya están ahí, huyamos... madre mía; el Señor nos abandona, estamos perdidas.
—Cálmate, Maud—respondió dulcemente la señora Touchet—. ¿No he dicho yo acaso lo mismo muchísimas veces y he desahogado de volverte a ver, y, sin embargo, estamos aquí juntas? Espera, hija mía; ¡quién sabe si Dios llegará a conmover al infame que te persigue o si tal vez...!
—¿Qué, madre mía?...
—Nada, nada, una idea... Estate tranquila...
El grupo de jinetes estaba cerca; al frente iba Barenval. Al descubrir a las dos mujeres, el fugitivo de Nou lanzó

un grito de alegría, saltó a tierra y se adelantó con la cabeza descubierta, deteniéndose a tres pasos de Maud.
—Señorita—dijo temblando de emoción—. Soy verdaderamente feliz al encontrarla aquí, en compañía de su madre, sana y salva ¡Ah, miss, esta escapatoria podría haberle costado cara! ¿Qué hubiese sido de ustedes si no llegamos a encontrarlas?
—Nada peor de lo que será al volver a caer en sus redes—gritó con fiera Maud.
—¿Tan malo me cree?
—Supongo que no pretenderá ser el más perfecto de los caballeros cuando retiene prisioneras a dos miseras y débiles mujeres...
—¿Prisioneras?... ¿Acaso no les he concedido la libertad más amplia?
—¡Qué libertad, Dios mío!.. La misma que disfrutaban los bisontes encerrados en los parques, como nos contaba usted en el tren de California, cuando su nombre era el de sir Baker...
Esta alusión hizo palidecer a Barenval.
—Señorita—dijo de pronto, con triste gravedad y sin desdén alguno—. Cada palabra de usted es para mí un sangriento reproche, y, sin embargo, no creo haberle causado daño alguno, a pesar de los engaños que he tramado; creo que no he cesado jamás de rodearle del más profundo respeto, aunque se encontrase en medio de gente que no guarda cierta clase de escrúpulos. Jamás le he hecho violencia alguna, y sólo de mí dependía el hacerlo; es más, hasta tenía derecho a ello, puesto que soy un malvado, un asesino, un pirata y esta clase de gente sólo obedece, por lo general, al derecho del más fuerte. Pero yo la amaba, la amo como se ama a un ser sagrado, y habría destrozado a quien se hubiese atrevido a ofenderla... y me hacía la ilusión... ¡Estúpido! Lo imposible no se realiza jamás, y, sin embargo, vea usted, no me arrepiento de lo hecho, porque entre tantas y tan crueles desdichas he disfrutado por lo menos de un momento de ilusión...
Barenval se paró un momento porque sentíase oprimido, y en seguida prosiguió diciendo:
—Maud, tengo un presentimiento que me agita desde hace unos días; temo, mejor dicho, espero que se acerca mi fin, y dejo la vida sin pesar, pidiendo perdón a todos por el daño que haya podido hacerles. Maud, desde este momento usted y su madre quedan en completa libertad. Maurical, que me es fiel, las conducirá a la costa, y desde allí a algún punto en donde pueda encontrar al que ama y le ama; pero antes... su perdón...
Y así diciendo, Rodolfo de Barenval, transfigurado, cayó de rodillas.
La señorita Campbell, sorprendida y enternecida por aquel rápido e imprevisto cambio de escena, quedóse sobrecogida, y con esfuerzo balbuceó:
—Señor... capitán, levántese, mi madre y yo le perdonamos de todo corazón, le bendecimos... rogando a Dios... que...
No pudo proseguir y estalló en sollozos.
En aquel momento oyóse un gran vocerío.

—¡Viva Sudharah rajá!—gritábase por todos lados—. ¡Muera el pirata Barenval!

Este, Maurical y los malayos miraron en torno sorprendidos y vieron rodeados por todas partes de las tropas de Sudharah y los marineros americanos que desembarcaban por los valles de las colinas.

—¡Ah, los presentimientos no me engañaban!—murmuró Barenval—. Es la muerte que se acerca, ¡sea bien venida!

Volvióse a las dos mujeres y dijo con voz tranquila:

—Váyanse, señoras, ya no tienen necesidad de escolta alguna. Allí están sus amigos. Miren...

Y señaló un grupo en torno de Sudharah, formado por Wilson y sus cuatro aliados.

Maud fué presa de un sentimiento de generosa piedad y tendió en silencio la mano derecha al pirata.

Barenval lanzó un grito de alegría, agarró aquella mano y la besó ávidamente; después, saltando a caballo, gritó:

—Maurical, malayos, poneos en salvo, si queréis; yo me quedo para que vean cómo sabe morir el capitán Rodolfo de Barenval.

—Y yo me quedo a su lado—contestó Maurical, mientras los malayos corrían al galope, abandonándoles.

Maud y su madre estaban ya lejos.

Rodolfo de Barenval y Maurical, erguidos encima de sus caballos, esperaban inmóviles en el revólver en la mano izquierda y el sable en la derecha.

Parecían dos jinetes de bronce representando la espera del combate.

Los asaltantes acercábanse, sin hacer fuego.

—¡Quieren cogernos vivos!—dijo a Maurical.

—Eso no será—contestó el joven.

—Gracias, amigo mío; abracémonos primero, y después obliguémosles a la lucha; así no tendrán más remedio que matarnos.

Los dos hombres se abrazaron y juntos apuntaron con sus pistolas.

—¡Adiós, Maud!—gritó Barenval.

—¡Viva el comandante del *Cañonero de presa*!—gritó Maurical.

Y descargaron las armas.

Gritos desgarradores respondieron de parte de los enemigos; unos cuantos hombres habían sido heridos.

Entonces nadie pudo sujetar a los soldados, y una verdadera lluvia de proyectiles cayó sobre los dos hombres, mientras los escuadrones de jinetes se lanzaban hacia ellos, vociferando.

Maurical calló acribillado y murió en seguida.

Barenval, por aquella suerte extraña que suele asistir hasta en lo más grandes peligros a ciertos hombres privilegiados, quedó a caballo, apenas herido de alguna rozadura.

Los enemigos estaban a pocos metros de él y a punto de cogerlo... ya que no le quería la muerte.

¿Prisionero... él?

¡Ah, no, mil veces no!

Miró en torno, vió a corta distancia el abismo que parecía más negro y profundo bajo el rojo resplandor del sol poniente y, agarrando las riendas, dirigió el caballo hacia aquel sitio y apretó las espuelas, violenta, rápida, desesperadamente.

La pobre bestia, cegada por el dolor, relinchó, saltó hacia adelante... corriendo hasta encontrar el vacío.

Vióse cómo hombre y caballo daban la vuelta; oyóse un grito y unas palabras:

—¡Adiós, adiós Maud!

Y nada más. Cayó la noche.

Desde entonces aquel agujero sin fondo es conocido con el nombre del *Abismo del rajá*.

FIN DE «EL TORPEDERO DE PRESA»

CONCLUSIÓN.

Estamos a bordo del torpedero.

Toda huella de los pasados y tristes acontecimientos ha desaparecido del rostro de cada uno de nuestros héroes y reina en él una dulce alegría.

El almirante Wilson, sentado entre Maud Campbell y su madre, teniendo cada una de ellas una de sus manos entre las suyas; el teniente Bonnet, junto a Maud, y el señor Touchet, al lado de su esposa, forman con el agente Chicottry y el millonario Shaw el más perfecto círculo de excelentes personas que es posible reunir.

Todos escuchan al valiente lobo de mar que relata una cosa, al parecer, muy interesante.

—¡Sí, amigos míos, fui un padre inexorable, no por falta de corazón, sino por culpa de la tradición de familia, y ¡ay de mí, fui castigado en extremo.

Cuando mi hija Ana, oponiéndose a mi voluntad, quiso casarse con el señor Campbell, que era en verdad un hombre honrado, pero sin título nobiliario y sin gran fortuna, la maldije y la eché de mi casa, jurando no ocuparme nunca más de ella.

Y así lo hice, durante largos años, y no supe nada de ella hasta la noche fatal del 28 de mayo pasado, en la que vi en Maud el retrato perfecto de su madre.

Por el gobernador de Nueva Caledonia supe que mi hija Ana, después de haber enviado, queriendo dar un protector a la querida Maud, se había vuelto a casar con el señor Touchet, habiendo desaparecido durante el viaje que le conducía a la isla fatal.

Ahora comprenderéis mi interés por la suerte de Maud; es mi nieta, y como la amo tanto como a mi hija, soy feliz en darla por esposa yo mismo al teniente Cipriano Bonnet, que he tenido ocasión de apreciar como hombre y de querer como hijo.

Todos aplaudieron.

—¡Vive Dios!—exclamó el señor Shaw—. Yo no pido más que una cosa: ser testigo de la boda para poder regalar a la feliz pareja un yate que se llama...

—¿La *Estrella de la unión*?—preguntó Chicottry.

—No, este sería un nombre de mal agüero; se llamará *Maud*.

Fué aprobado por unanimidad.

Poco después subió a bordo el soberano de Tomini, Sudharah-rajá, muy contento, seguido de dos siervos que llevaban dos cajas de caudales.

—Traigo un recuerdo de Celebes para nuestra heroína—dijo el malayo, poniendo una rodilla en tierra y presentando a Maud las dos cajitas—. ¡Que el Señor la haga feliz!

Abiertas las cajas, gritos de admiración salieron de todas las gargantas: estaban llenas de las más raras y espléndidas joyas orientales.

El día transcurrió alegremente; y al día siguiente la escuadra americana, seguida del torpedero que llevaba a bordo la felicidad más grande y mas completa, dejó el golfo de Tomini, entre generales aclamaciones, con rumbo a Calcuta, en la India inglesa, adonde llegó siete días después.

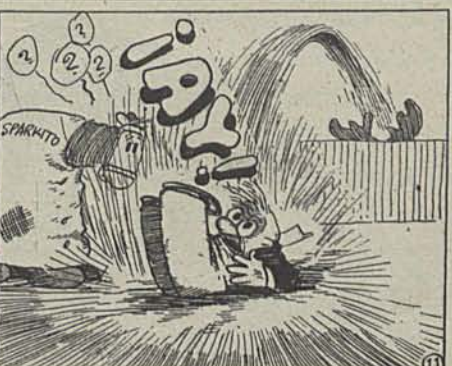
En seguida esparcióse la noticia de que el torpedero robado había sido rescatado; el virrey dió cuenta telegráfica al lord del Almirantazgo, haciendo el más cumplido elogio de Wilson y de su heroísmo.

El buen lord, que había visto con pena la condena del viejo y valeroso marino, desgraciado y no culpable, contestó inmediatamente anunciando que el ex almirante era reintegrado a su puesto y funciones, y propuesto para un ascenso.

Pocos meses después tuvo lugar en París el casamiento de Maud Campbell con el capitán Cipriano Bonnet, al que asistieron, además del señor Shaw, el bueno de Chicottry, propuesto, según creemos, para el ascenso a comisario.



DESdICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO





ENTRE LOS INDIOS

CUENTO POR
E. SALGARI

(Conclusión)

se habían atrevido a lanzarse al asalto, temerosos de que tras las empalizadas hubiera algunos colonos.

Las mujeres, estimuladas por el ejemplo del joven Tom y enardecidas por la inminencia del peligro, habían atrancado todas las entradas, y las más valientes saludaron la aparición de los indios con nutridas descargas de fusilería, derribando algunos enemigos.

—Si continúan, tendrán a raya a los indios hasta que lleguen los mineros —se dijo Tom, al oír aquellos disparos.

Sus guardianes, en vez de detenerse en la aldea, lo condujeron hacia un bosque situado a medio kilómetro de las empalizadas defendidas por las mujeres, lo derribaron rudamente y lo metieron a rastras en una gran tienda hecha de pieles de bisonte cosidas, de forma cónica.

Un indio viejo, de aspecto feroz, con la cabeza adornada de plumas y los calzones guarnecidos de cabelleras arrancadas probablemente a los enemigos muertos por él, estaba sentado en una piel de oso extendida en el centro de la tienda. Al verle entrar, el viejo agarró en seguida un hacha que tenía delante y la blandió en el aire como preparándose a destrozar al prisionero.

Los guerreros indios lo habían rodeado; pero aún no

—¿Eres del poblado? —le preguntó, mirándole con fiera.

—Sí —respondió Tom, tratando de aparentar serenidad.

—Has matado a uno de mis guerreros.

—Me he defendido.

—¡Bueno! —dijo el indio—. Ya que, a tu edad, has mostrado tanto valor, quiero perdonarte la vida con una condición.

—¿Cuál es la condición? —preguntó Tom.

—Que convenzas a los que defienden el poblado para que se rindan sin combate.

—¡Nunca! —gritó el valeroso muchacho, con voz segura—. ¡Jamás cometeré tal bellaquería!

El viejo indio levantó de nuevo el hacha, mientras un relámpago de furia animó su mirada. Tom creyó ciertamente llegada su última hora.

Pero el indio, después de vacilar un momento, dejó caer el hacha, diciendo:

—Te obligaremos, aunque no quieras.

Pocos minutos después, el pobre joven era atado a un carro y empujado hacia las empalizadas de la aldea. Al abrigo de aquella estratagema seguían veinte o





treinta indios armados de lanzas, hachas y fusiles.

Las mujeres, al ver avanzar aquel carro, y sospechando que sirviese para ocultar a los asaltantes, habían vuelto a disparar. Pero al reconocer a Tom en el joven atado al mismo, suspendieron el fuego.

—¡Tom! ¡Tom! —gritaron todas.

—¡Oh, pobre muchacho!

—¡Le han cogido!

—Van a matarle!

—¡Tom! ¡Escápatel!

—¡Vamos a salvarle!

—¡Preveníros! —gritó el prisionero con todas sus fuerzas—. ¡Seguid disparando!

—¡No queremos matarte!

—¡Detrás del carro vienen los indios! —repitió el valiente muchacho—. ¡Fuego contra ellos!

Las mujeres vacilaban, temerosas de que las balas alcanzasen al valiente joven. Ya estaba el carro a unos veinte o treinta pasos, y los indios se preparaban al asalto, cuando en lontananza oyéronse gritos y relinchos.

Un grito de júbilo dejóse oír, como inmediata respuesta:

—¡Nuestros hombres!

Eran, en efecto, los mineros, que se acercaban a rienda suelta, dispuestos a caer sobre los asediados.

¿Cómo era que volvían tan pronto, cuando de ordinario permanecían junto al río hasta después de la puesta del sol? He aquí la explicación:

Un minero había descubierto en un bosquecillo algunos pavos salvajes, y los siguió con idea de ganarse un apetitoso asado.

Al verlos huir a través de las altas hierbas de la pradera, lanzóse en su persecución, y la casualidad

hizo que llegara al sitio en que había caído el indio muerto por Tom.

Aquel descubrimiento le hizo caer en graves sospechas, tanto más cuanto que de la herida del salvaje continuaba manando sangre aún.

Muy inquieto, regresó corriendo al río para avisar a sus compañeros.

Y luego, todos temerosos de que en el poblado hubiera pasado algo grave, sin perder tiempo montaron a caballo, y a galope tendido emprendieron el regreso a través de la pradera.

No se habían engañado en sus temores.

Los indios se preparaban a asaltar el poblado.

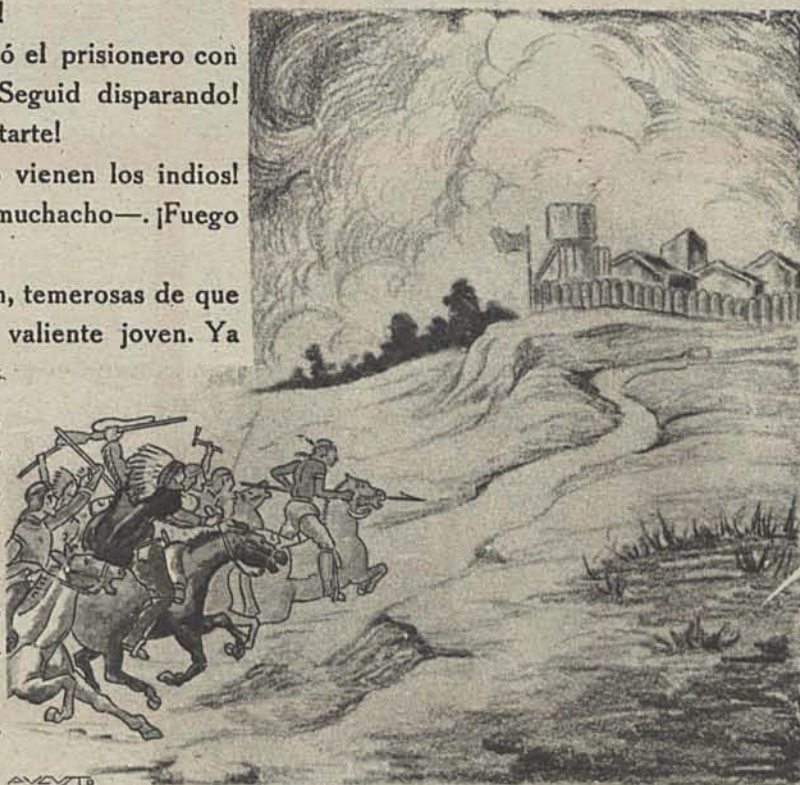
Su imprevista aparición desalentó a los guerreros de piel roja. Intentaron hacer frente a aquellos nuevos adversarios; pero después de algunas descargas se dieron a la fuga, refugiándose en sus desiertos inaccesibles.

Cuando le desataron del carro, Tom no podía apenas ponerse en pie, a consecuencia de

la pérdida de sangre. Pero como la herida no era muy grave, una semana de reposo fué suficiente para que se restableciera.

En recuerdo de aquella heroicidad, los mineros le regalaron un caballo y un fusil, y las mujeres, un traje de cazador de pradera, hilado por ellas mismas.

Ahora, Tom, que ha hecho fortuna en las orillas del río de pepitas de oro, es uno de los ganaderos más opulentos.



FIN



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



VA USTED A DARME UNA GRUESA DE TORNILLOS, SEIS KILOS DE GALENA, CIENTOS METROS DE ALAMBRE Y DOS ECÉTERA ECÉTERA.

OIGA; DE PASO MIRE A VER SI TIENE POR AHÍ ALGÚN PIRULI QUE NO LES SIRVA.



VERÁS QUE BIEN NOS VAMOS A ENTERAR CON ESTE APARATO DE RADIO DE TODO LO QUE HABLAN EN EL MUNDO.

¡CUANTO ME ALEGRO! ¡PRECISAMENTE TENGO YO UNAS GANITAS DE SABER LO QUE HABLAN DE MI EN EL PUEBLO!



ME FALTA UN TORNILLO, CURRINCHE.

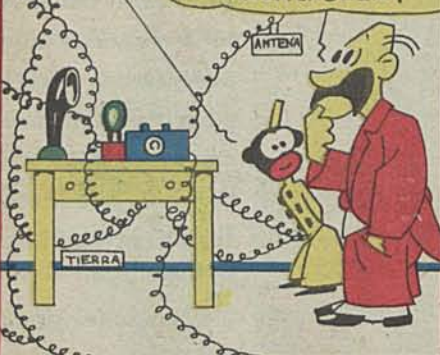
A BUENA HORA SE ENTERA USTED. YA HACE AÑOS QUE YO LO HABÍA NOTADO.



¡SI MARCONI LEVANTASE LA CABEZA!

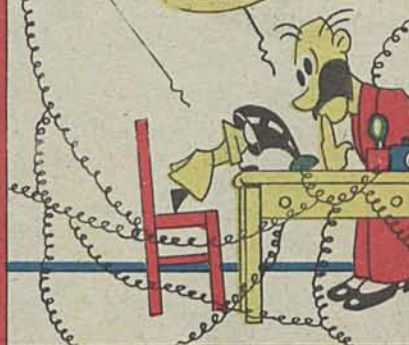
¡PERO SI MARCONI VIVE TODAVÍA!

¡CLARO HOMBRE! ¡SI NO VIVIESE NO PODRÍA LEVANTARLA CABEZA!



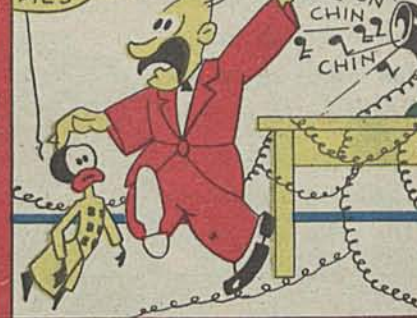
SE OYE MUCHO JALEO, DON TURULATO. YO CREO QUE A ALGUIEN LE ESTÁN DANDO BOFETADAS.

SI HAY BRONCA NO TE ARRIMES MUCHO, NO SEAS GRIETE DEN ALGÚN ESCALAZO.



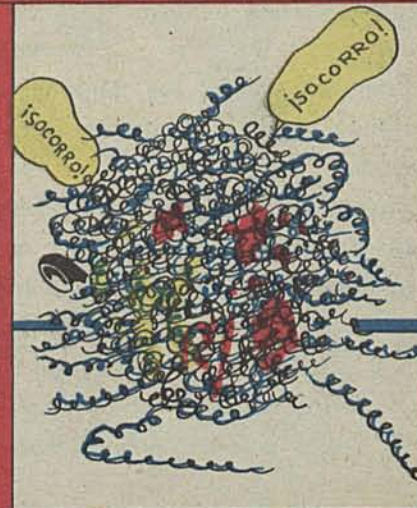
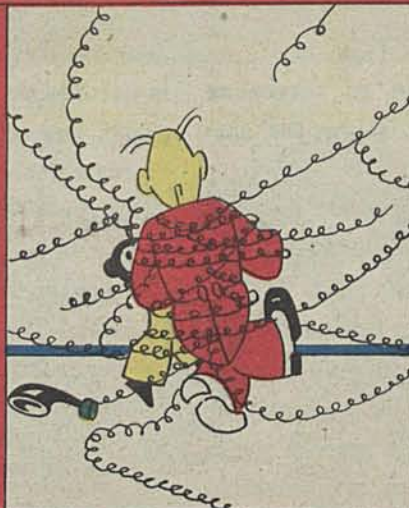
¡OLE, CURRINCHE! ¡YA ESTÁ AQUÍ LA MÚSICA! ¡VIVA LA ALEGRÍA!

YO NO PUEDO CON ESTAS EMOCIONES TAN FUERTES; SE ME MAREAN LOS DÍES.



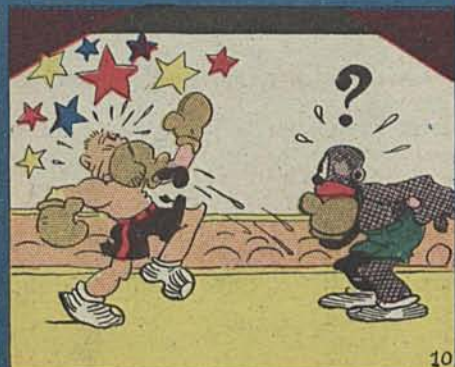
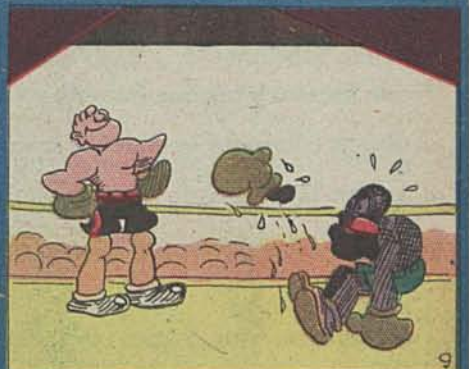
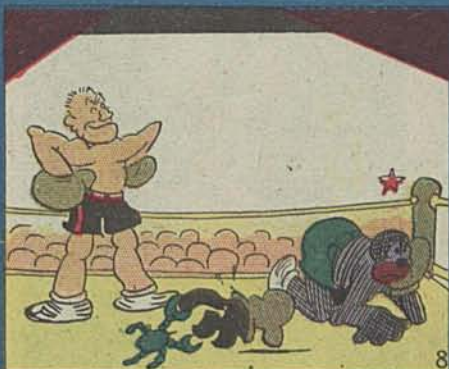
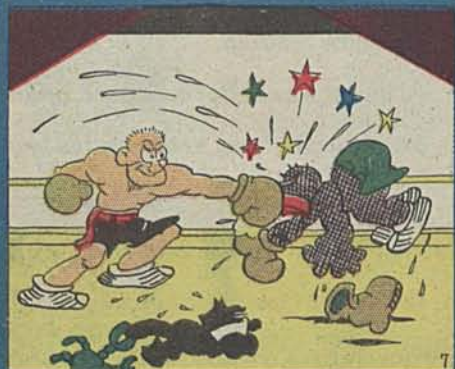
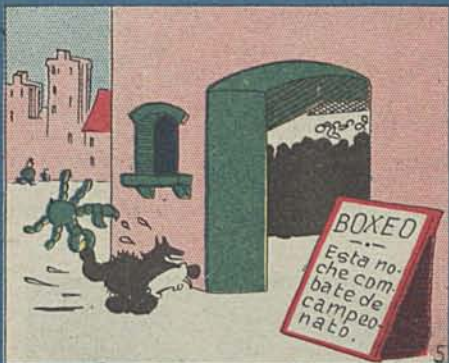
HAY QUE BAILAR MÁS A PRISA, CURRINCHE, QUE ESTO ES UN PASODOBLE.

YA LO SÉ; PERO YO LO BAILO DESPACITO PARA QUE DURE MÁS RATO.





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL DOCTOR QUE TODO LO SABE

Casullo



En una humilde aldea vivía un pobre aldeano a quien llamaban por mote *Codorniz*, que llevó con dos bueyes una carga de leña a la ciudad y la vendió por dos duros a un médico.

Cuando *Codorniz* llegó a casa del médico, éste se hallaba precisamente sentado a la mesa.

Al ver el aldeano lo bien que comía y bebía, le entraron deseos de hacerse médico también.

Quedó parado un momento, y preguntó al fin que si no podría ser médico él también.

El médico, queriendo burlarse de él, contestó muy serio:

—Sí, hombre; eso es facilísimo. Vende tucarro y tus dos bueyes, y con el dinero cómprate vestidos y manda pintar en la puerta de tu casa un letrero con estas palabras:

EL DOCTOR QUE TODO LO SABE

Toma este librito y (le dió uno escrito en griego). Cuando quieras saber lo que has de contestar, abres el libro y buscas, buscas, que ya saldrá lo que tienes que decir.

El aldeano contentísimo marchó corriendo a hacer cuanto le habían dicho. En cuanto puso el rótulo en la puerta la gente empezó a comentarlo.

Sucedió que al día siguiente robaron a un señor muy

rico, el cual estaba furioso por no poder averiguar quiénes eran los ladrones. Entonces, alguien le habló de aquel «*Doctor que todo lo sabe*» cuyo cartel se comentaba en la ciudad.

—Si lo sabe todo, también sabrá dónde está mi dinero —dijo el señor.

Y en seguida mandó enganchar su coche; fué a casa del aldeano y preguntó por el supuesto «*Doctor*».

—Yo soy —contestó *Codorniz*.

—Venid entonces conmigo y decidme dónde está el dinero que me han robado.

Codorniz aceptó en seguida, y el señor robado le invitó a comer así como a su mujer, Andrea.

Al llegar a casa del caballero estaba la mesa puesta, y se sentaron los tres.

Al entrar el primer criado con una fuente, *Codorniz*, dándole con el codo a su mujer, que estaba a su lado le dijo:

—Andrea, éste es el primero.

Queriendo decir que era el que traía el primer plato. Pero el criado creyó que quería decir:

—Este es el primer ladrón.

Y como en verdad lo era, le entró miedo, y dijo a sus compinches:

El doctor lo ha descubierto todo. ¡Pobres de nos-





otros! Ha dicho que yo era el primero de los que habían robado.

El segundo no se atrevía a entrar; pero no tuvo más remedio.

Y cuando entró con su fuente, *Codorniz*, dando con el codo a su mujer, le dijo:

—Este es el segundo.

El cual también se asustó y salió de la habitación lo más de prisa que pudo.

Lo mismo sucedió con el tercero: *Codorniz* dijo de nuevo:

—Andrea, éste es el tercero.

El cuarto tuvo que entrar una fuente tapada, y el caballero dijo al doctor que diese prueba de su arte acertando lo que había debajo. Eran codornices.

El aldeano miró la fuente, y, no sabiendo qué contestar, dijo:

—¡Ay, pobre *Codorniz*!

Al oír esto, el caballero exclamó:

—¡Lo ha descubierto! Entonces sabrá también quién tiene el dinero.

El criado, que se asustó mucho, guiñó un ojo a *Codorniz* para que sa-

liese un momento a hablar con él.

Cuando salió, le confesaron los cuatro que habían robado el dinero, que lo devolverían y le darían una buena cantidad encima, con tal que se callara, porque, si no, estaban

perdidos. Y le llevaron al sitio donde habían escondido el dinero robado.

Entonces, satisfecho *Codorniz*, volvió a entrar, se sentó a la mesa y dijo:

—Señor, ahora consultaré mi libro para saber dónde está el dinero.

Y el quinto criado se escondió detrás de unas colgaduras para escuchar si el doctor sabía más aún.

Este miraba su libro griego en busca de una respuesta. Tanto el señor como su mujer *Andrea* le miraban atentamente, en espera de la contestación.

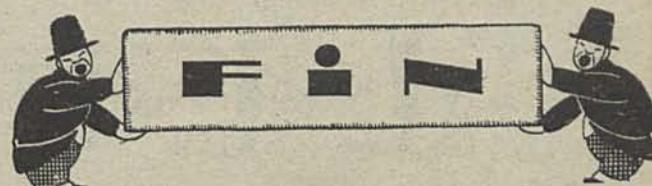
Como no la encontraba en seguida, dijo:

—Sin embargo, estás dentro, y tienes que salir también.

No bien había acabado de decir esto, cuando el criado, que estaba oculto detrás de las cortinas, salió gritando:

—¡Este hombre es un brujo!... ¡Este hombre lo sabe todo!...

Y el doctor enseñó dónde estaba el dinero; no dijo quién lo había robado; recibió una cantidad de dinero por ambas partes, y se hizo muy célebre.





QUÉ QUIERES SABER HOY?



A y 1. antes de letras



Señal

B.



C y 2



D.



E y 3



F.



G y 4



H y 8



I.



ERROR.



J.



K.

CERO



L y 9



M.



N y 6.



O.



REPETIR.



P.



Q.

—Buenos días, curioso Chonón.

—Muy buenos días, amigo buho.

—¿Lo has pasado bien en tu excursión a la costa?

—¡Caramba! ¿Cómo sabes que he hecho esa excursión?

—No se lo he dicho absolutamente a nadie. He realizado el viaje con el más riguroso incógnito. Nadie me ha conocido, ni aun ha sospechado que yo fuese el popular Chonón. He pasado junto a muchos pinochistas, y ni uno siquiera me ha descubierto. Y, a pesar de todo ello, tú, el que menos motivos tenías para saberlo, lo has averiguado. ¿Cómo te has enterado?

—Yo tengo un pajarito que me lo cuenta todo.

—Te contará todo lo que sepa; pero es que mi viaje no lo ha sabido nadie. No lo ha podido saber nadie.

—Ya ves que sí. Y para que veas que es rigurosamente cierto lo que te digo, te daré detalles de tu excursión. El jueves saliste de Madrid en el expreso de Barcelona. Vestías traje de explorador y llevabas unas gafas tan grandes que casi te tapaban toda la cara.

—Para despistar.

—Llegaste a Barcelona y te dirigiste en seguida al puerto. Hubo un momento en que el pajarito que te seguía estuvo a punto de hablarte. Creyó que ibas decidido a embarcar en un gran buque que en aquel instante salía para América; pero se contuvo el pajarito al ver que sólo te aproximabas para curiosar. Bien puedes creerme, el pajarito pasó un rato malísimo porque creía que, en tu afán de conocer cosas nuevas, habías planeado y decidido secretamente un viajecito al Nuevo Mundo, y esto, como comprenderás, contristaba mucho al pajarito.

—No sé qué pudiera interesarle que me fuera o me quedase, si yo no conozco a más pajarito que a ti.

—Es que ya puedes suponer que el pajarito era yo.

—Me lo figuraba, querido buho. Pues bien; ya que lo sabes todo, hablemos de mi viaje; es decir, de todo lo que he visto en mi viaje no es posible en el corto espacio de nuestra charla; pero hablaremos de una cosa que ha despertado mucho mi curiosidad.

—Ya sé a qué te refieres. Te vi observar con muchísima atención los movimientos de un marinero, que, desde el puente del barco viajero, decía adiós por medio del telégrafo de banderas a un grupo de personas que contemplaban la salida del buque desde la te-

rraza del Club de Regatas.

Otro marinero, que había en este Club, le contestaba, deseándole una feliz travesía y pronta vuelta a Barcelona.

—Eres al mismísimo diablo, amigo buho.

—¿Pero no leiste las señales que se hacían?

—Yo no puedo leer señales que no entiendo. Por eso quiero que me hables del telégrafo de banderas.

Pues si me prestas atención, aprenderás en seguida, y una vez que sepas el telégrafo de señales te gustará mucho ir al campo con tus amigos y establecer, entre tú y otro que conozca el sistema, una comunicación a bastante distancia, con solo el auxilio de unos palitos y unos pañuelos blancos.

—¿Han de ser blancos precisamente?

—Hombre, he dicho blancos porque es el color que más destaca a gran distancia. Para telegrafiar por medio de señales empezaremos por disponer de dos banderas, que, como te he dicho, pueden hacerse con dos palitos y dos pañuelos. Nos colocaremos frente a la persona que ha de recibir el mensaje, la cual puede estar a tanta distancia como le permita el alcance de su vista. Para disponerse a transmitir se tienen los brazos caídos y los banderines cruzados delante de las piernas. Luego se agitan rápidamente los banderines para llamar la atención. Equivale esto a decir que vamos a telegrafiar. Después se hace la señal de J, si lo que va a transmitirse son letras; y la señal que verás en el dibujo, si van a transmitirse números. Una vez hecho esto, se comienza el telegrama, letra por letra, con una pequeña pausa entre ellas.

—¿Hay que nombrar los números por sus letras?

—No; el signo de cada número es el mismo que el de determinadas letras. Por ejemplo: el 1 tiene por signo la A; el 2, la C; etc.

—Y si nos equivocamos en el transcurso del telegrama, ¿qué hacemos?

—Emplear el signo "error" y volver a repetir.

—Me gusta el sistema, y voy a practicarlo porque, además de aprender el telégrafo de banderas, voy a ejercitar, sin darme cuenta, una gimnasia suca muy útil para el pecho y los brazos.

—Te advierto que es más fácil transmitir los telegramas que recibirlos, y por eso es conveniente que practiques antes, delante de un espejo.

—Lo haré al pie de la letra, querido buho, y en cuanto sepa te convidaré a merendaren el campo y dedicaremos un rato a comunicarnos por medio de señales.



Señal

antes de números



Z.



Y.



X.



W.



V.



U y 5



T.



S.



R y 7.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Purita.
MERCEDES REY.



Los primos de Pinocho.
MARÍA BARROSO.



Asturiana.
F. BUSTAMANTE.

CUPON

DE
COLABORACION
PINOCHISTA

ESTE CUPON SIRVE PARA
ENVIAR UN SOLO TRABAJO.



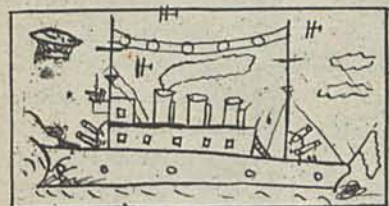
El gallo de Pirula.
J. ALEMANY.



El sabio buho.
LUIS AYORA.



Cupido en Sevilla.
R. FERNÁNDEZ.



Acorazado «Pinocho».

N. N.



Vendedor de periódicos.
R. JARAQUEMADA.



Mis mejores amigos en canoa.

FELIPE FIGUERA.



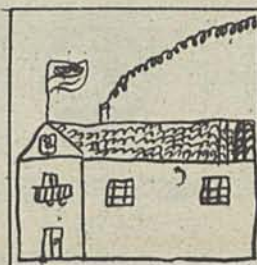
Don Turulato en su burro.
ANTONIO GÁLVEZ.



La «Cleta» en «bici»,
por RYZO.



Paulino Uzeudun.
JESÚS CEMBORAÍN.



Mi casita de Torrero.
MARÍA MARTÍN.



El caballo de Pinocho.
JOSÉ ECHEVESTE.



Un percherón.
PEDRO P. ALVARGONZÁLEZ.



Uzeudun.
EUSTAQUIO URETA.



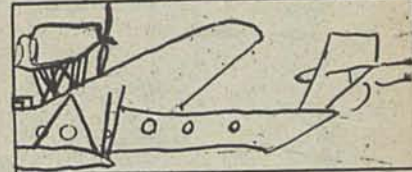
Un concurso de aeroplanos.
CARLOS SOLÍS.



Un torpedero.
ANTONIO PRIETO.



Colorín y su pandilla
van de merienda a la Bombilla.
FELIPE B. MARTÍNEZ.



El «hidro» de Pinocho.
RICARDO DE ZAVALA.

La churrera.

Surcan las calles de Madrid muchos puestos de churrerías. Ved a esas pobres mujeres y compradle los churritos.

Una pequeña ganancia les queda de tan funesta bandeja de churos; están a las calamidades del frío, de la lluvia y de muchas cosas que le puedan sobrevenir.

El frío suelo de unos adoquines es su piso; la calle, surcada de lluvia y nieve, frío riguroso, es la mayor parte de su vida.

Viejecitas que apenas pueden andar están con unos churros a las expensas de los transeúntes que se los quieren comprar. Están allí hasta que terminan su jornada; y tarde es, pues para que les quede una peseta de ganancia tienen que madrugar. Viven en una buhardilla, y las pobrecillas recogen unas teas para calentarse sus pies húmedos, helados por el frío y por la escarcha.



Pinocho.
M.ª JESÚS G.ª RODRÍGUEZ.



Esta soy yo.
M. S.



Un chinito de malas pulgas.

ALBERTO DELOJO.
Catorce años.

PACO SÁNCHEZ.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

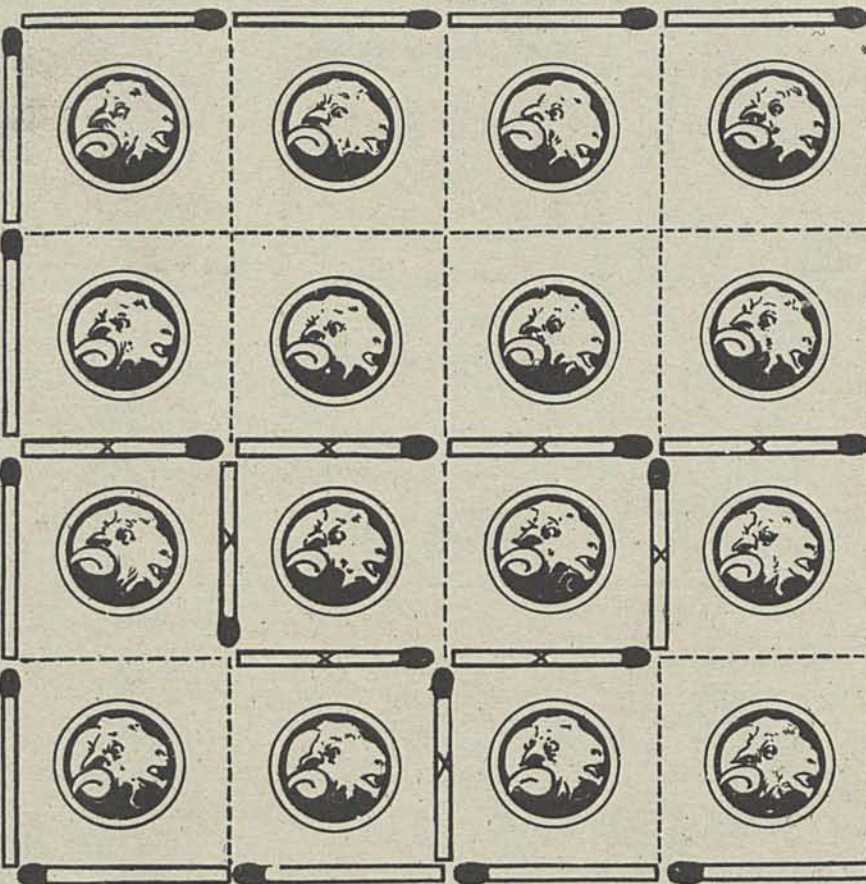
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL REDIL

He aquí un bonito rompecabezas que os distraerá seguramente. Como veis, está formado con cerillas; pero como es peligroso el manejo de las cerillas, os aconsejo lo hagáis con palitos o tiritas de cartulina. El que haya dibujado cerillas nuestro dibujante ha sido una distracción, y por ello ha sufrido un regaño de Pirula y otro mío.

Como veis, tenemos 16 carneros cada uno en un cuadrado, y las cerillas que hay dentro del cuadrado separan a estos carneros en cuatro grupos: uno de 8, dos de 3 y uno de 2.

Se trata de que, moviendo las cerillas señaladas con una cruz, hagáis vosotros seis sepa-



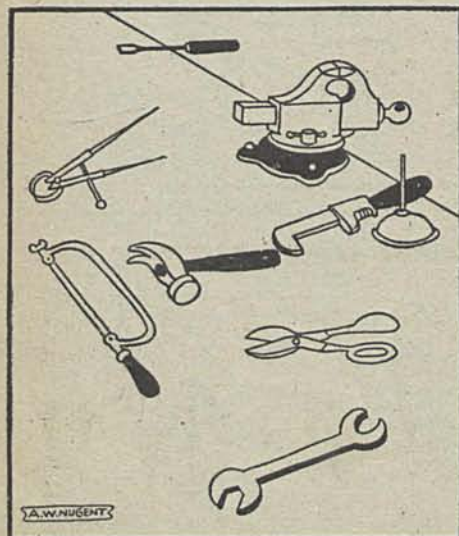
raciones diferentes; pero todas ellas tendrán dos grupos de seis carneros y uno de cuatro.

Las cerillas deberán colocarse en las líneas de puntos.

Las cerillas del límite, o sean las que componen el cuadro grande, no se podrán tocar. Es condición indispensable después de haber formado un grupo, volver a colocar las cerillas como estaban al principio, o sea como se indica en el presente dibujo.

Para enviarme las soluciones; hacedlo dibujando seis cuadrados, cada uno de dieciséis cuadrillos, hechos éstos con líneas de puntos, y con trazos gruesos el lugar que hayan de ocupar las cerillas.

DIBUJO CON ERRORES

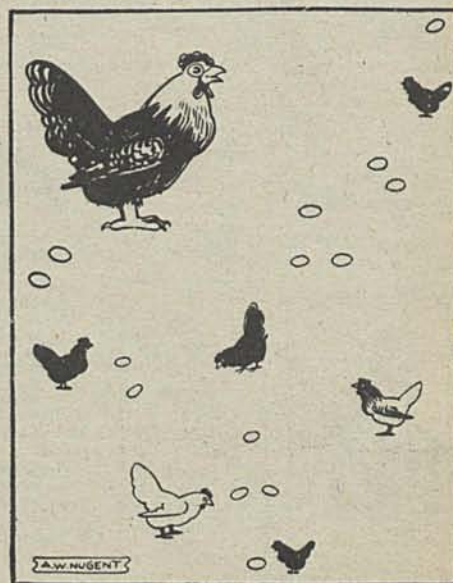


Nueve objetos tenemos a la vista y diez son los errores que hay que buscar. Cada objeto tiene un disparate, menos uno, que tiene dos. Esto quiere decir que nuestro dibujante no es carmienta y cada día es más distraído.

Como ejemplo os diré que la tijera tiene las hojas mal puestas y, por consiguiente, no se puede cerrar. ¿Cuáles son los otros nueve?

Tenemos siete gallinas ponedoras, a cual más buena, pues todas han puesto un par de huevecitos. Como son de diferentes razas, sería conveniente separarlas para saber cuáles son los huevos que cada una pone. Esto lo conseguiremos trazando tres líneas rectas, y formaremos siete departamentos, quedando dentro de cada uno una gallina y su par de huevos.

LAS GALLINAS PONEDORAS



SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE DICIEMBRE

NÚMEROS 146, 147, 148 Y 149

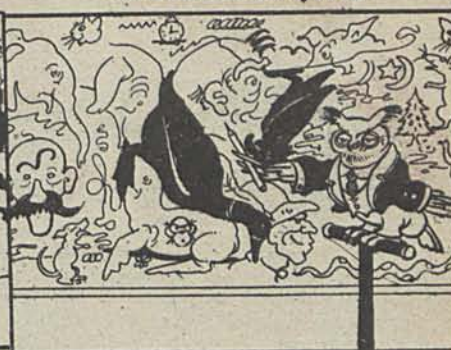
PERDIDOS EN EL BOSQUE



COMO PERROS Y GATOS

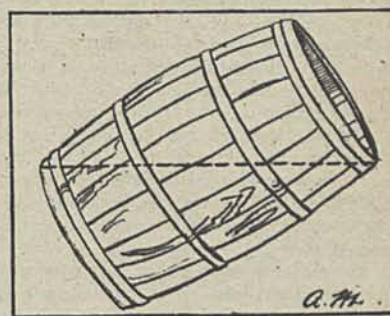
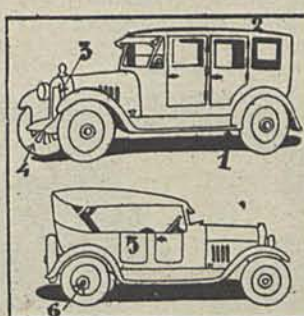
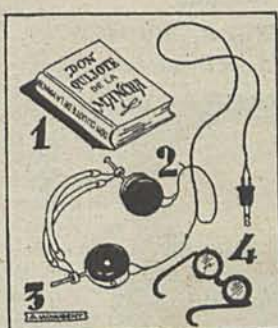


LA LECHUZA DIBUJANTE



DIBUJOS CON ERRORES

PROBLEMA



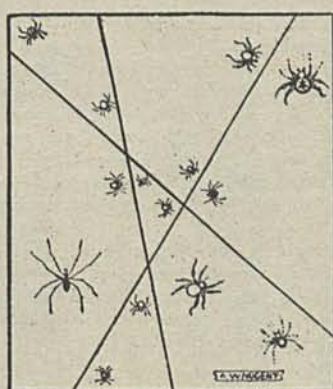
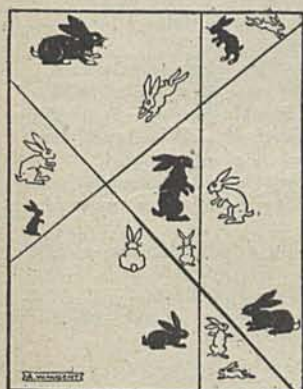
1.º La cinta del paraguas fuera de su sitio. 2.º La contera descentrada. 3.º El muelle del cierre al revés. 4.º Cuatro corchetes en un lado y tres corchetes en el otro. 5.º En el lugar de los corchetes hay una corcheta, y viceversa.

1.º El letrero del lomo al revés. 2.º En un auricular falta el agujero para que pase el sonido. 3.º En el otro auricular falta la bola de remate. 4.º El puente de las gafas al revés.

1.º Falta una rueda. 2.º Visagras mal. 3.º Falta un faro. 4.º Rueda diferente. 5.º Falta manillón en la portezuela. 6.º Eje descentrado.

El procedimiento, como veis, consistió en oblicuar el barril hasta ver si la horizontal del líquido coincidía exactamente con el borde y la parte superior del fondo.

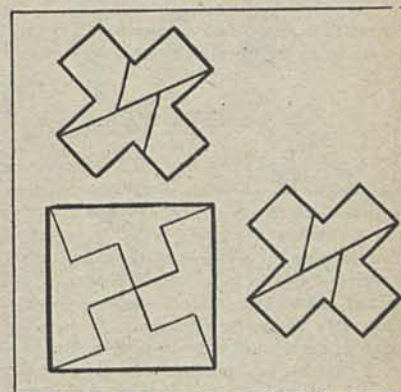
ROMPECABEZAS



LABERINTO



ROMPECABEZAS



En nuestro próximo número empezaremos la publicación de la interesantísima novela titulada

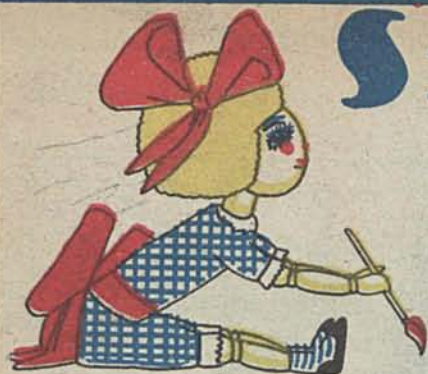
EL AVIÓN NEGRO

POR ALBERTO ORSI

Ayuntamiento de Madrid

SECCION PIRULA

PIRULA, MODISTA Y BORDADORA



Tengo muchas Pirulindas que no son todavía muy viejas. Entiéndase que no pasan de los cuatro a cinco años.

Para ellas, para que se entretengan a la vez que adornan sus delantales, baberos, cuellos y bolsillos, he ideado un motivo de labor que no les parecerá muy difícil y aun puede que les haga algo de gracia.

Vedlo: es una escena de corral: dos pollitos disputan ásperamente, sin duda por algún grano de trigo. Una señora pata, de aspecto severo, acude a separarlos y a poner paz, me temo que comiéndose ella misma el grano en litigio. Entretanto, el señor buho, encaramado en una rama de árbol, contempla la escena con toda gravedad.

Nada más fácil que reproducir todos estos personajes con algodón de bordar, a punto de cordón.

Si no hay sitio para todos ellos en la prenda que se quiera adornar se puede bordar solamente parte de ellos; por ejemplo, si se trata de un cuello, en un ángulo uno de los pollitos y en el otro ángulo, su contrincante. Y lo mismo si se trata de los dos bolsillos de un delantal.

Si el delantal tiene un solo bolsillo grande, en el centro, nada más adecuado que la señora pata.

El buho estará muy en su lugar en una esquina de servilleta; en un sobre para la servilleta o en un camisón pueden reproducirse los cuatro personajes.

Pero también tepgo Pirulindas que son verdaderas señoritas, de más de diez años, y hasta de doce o trece. Estas que hacen primores en vainicas y a punto de festón, a la inglesa o a «Riche-lieu», se ocupan ya algo de modas.

¡Oh!, no es que sean unas presumidillas, preocupadas de trapos, no; pero las interesa saber lo que se lleva y las atrae siempre saber cuál es la última moda.

Pues bien, Pirulindas mayores, lo que se lleva este año mucho son las telas de dibujos menudos, y el color predilecto es el verde.

ANÉCDOTAS DE PIRULA

El inglés, jugador y comilón.—Hace ciento cincuenta años, o sea en el año 1778, vivía en Inglaterra un noble señor que tenía el vicio del juego; claro está que ese vicio lo tenéis todas más o menos; pero a vosotras os gusta jugar al escondite o a las muñecas, a la gallinita ciega o a las comiditas, al dominó o al aro; mientras que al inglés aquél lo que le entusiasmaba era jugar dinero a las cartas, lo cual está muy feo... y además suele ser peligroso, puesto que siempre se acaba perdiendo.

Eso era precisamente lo que le sucedía al noble lord; perdía mucho y cuanto más perdía, más jugaba; organizaba partidos de naipes interminables en todo momento y en cualquier sitio que estuviese. Así ocurrió que un día se estuvo jugando veinte horas sin moverse; claro está que con sucesivos contrincantes, pues sus amigos no eran tan locos como él.

Ahora que

si a aquel jugador empedernido no le importaba estarse veinte horas sin descansar ni dormir, en cambio le importaba mucho estarse sin comer, pues disfrutaba de un apetito formidable.

A las pocas horas de estar jugando, empezó a sentir hambre; precisamente el partido en aquel instante era apasionante; por nada en el mundo hubiera consentido nuestro inglés en dejarlo. Prefirió dar orden a su criado de que le trajese a la mesa de juego unos fiambres y unos panecillos.

En posesión de las viandas, el lord, para comer más cómodamente y con una sola mano, sin dejar de jugar con la otra, tuvo una ocurrencia: abrió el pan por la mitad y metió en él la carne fría. Sin darse cuenta, acababa de inventar un manjar sabroso y que lleva su nombre; en efecto, aquél lord jugador se llamaba el conde de Sandwich.

PIRULA, MÉDICA

A Mariquita le duele una muela.—

¡Oh, qué malo es Pepin!

Pues ¿no se está burlando de Mari-

quita, que llora y gime, porque le duele una muela?

¡Como si el dolor de muelas, por no ser grave, fuese menos molesto que otro cualquiera!

Pirula no ríe; Pirula no quiere que sufra

—ni de las muelas, ni de nada— ninguna

de sus lectorcitas, si bien esta Mariquita es

tan pequeña que aún no sabe leer y más

que «lectora» es «oidora» de la «Sección

Pirula».

Si Mariquita fuese mayor, si sus muelas fuesen ya las definitivas, yo le aconsejaría que fuese al dentista...

¡Ay, qué gracia! Pues ¿no os asusta esta palabra? Pero si el dentista no hace sufrir! ¡Si eso ya no lo creen más que los niños bobos y miedosos! Todo lo contrario; lo que hace el dentista es poner una inyección que le quita a uno instantáneamente el dolor y luego saca la muela o la empasta sin que se note nada.

Pero Mariquita es pequeña; esa antipática muela que la hace sufrir no tardará en caerse sola; no vale la pena de ir al dentista.

Pero como tampoco vale la pena de que Mariquita —ni ninguna Pirulinda, ni nadie— sufra sin necesidad, ahí van algunos remedios, sencillos y eficaces, contra el dolor de muelas:

Quizá el más infalible sea el de introducir en la muela enferma, caso de que tenga un agujero, un algodoncito mojado en esencia de clavo.

También se puede introducir en el oído un algodón con alcanfor en polvo o mojado en éter.

En fin, da excelentes resultados aspirar aguardiente.

Hasta aquí para calmar el dolor de muelas; ¿y para evitarlo? Pues para evitarlo ahí van:

Tres consejos de Pirula.

1.º Cepillarse muy bien la dentadura, en todos sentidos, con un cepillo duro, por la mañana al levantarse y por la noche antes de acostarse y enjuagarse la boca después de cada comida.

2.º No comer o beber nunca una cosa fría detrás de una caliente. Si se quema uno la boca con un alimento abrasando, no beber agua, sino comer una cortecita de pan.

3.º ¡Ay!, qué trabajo me cuesta decirlo... No comer demasiadas golosinas.

